

ASÍS GARROTE, M^a Dolores de, *Última hora de la novela en España*, Madrid, Ed. Eudema Universidad, 1990, pp. 469.

El estudio que reseñamos quiere trazar, lo más completamente posible, la marcha del género novelístico a lo largo de los últimos cuarenta años.

En una primera parte se analiza la etapa neorrealista de la literatura española de los años 50, dando espacio a autores que, habiendo enriquecido la corriente, se despegaron posteriormente de ella y siguen dominando todavía el panorama literario con sus indiscutibles personalidades, como Cela y Delibes. En la misma sección se sostiene, sin embargo, que algunas obras de este período se produjeron ya para desmentir la exclusividad del neorrealismo (Cfr. *Tres pisadas de hombre* de A. Prieto), mientras la función de algunos premios importantes (como el de la Crítica otorgado a *Las crónicas del Sochantre* de A. Cunqueiro o el Sésamo concedido a *El piquete* de J. T. Cabot) «atestiguan también que algo más que neorrealismo está en la producción de esta etapa» (46). Concluye esta primera visión de conjunto un capítulo dedicado a «Medardo Fraile, escritor de cuentos» y otro consagrado a la «Polémica suscitada por una antología». En este último, A. G. critica decididamente a J.M. Castellet por haber encasillado a los escritores de la década en la corriente del «realismo histórico» y defiende la problemática humana —en su doble vinculación terrena y supraterrena— que subyace en algunas novelas de J. L. Sampedro o de J. L. Castillo Puche, reivindicando por ella un criterio de valor que significa la superación de una visión histórica demasiado objetivista y testimonial. Este punto de vista puede muy bien compartirse. Lo que no convence, en esta parte, es la textura inconexa de los subcapítulos. Es como si se presentara una colección de artículos más que una exposición crítico-literaria de un destacado período de la novelística española. La frecuente presencia, además, de incorrecciones en notas (la n^o 5 de la pág. 38 no respeta ni un criterio alfabético ni uno cronológico. Cfr. también las de las pp. 76-78-79) incomoda bastante al lector que considere la exactitud de una referencia como dote imprescindible de un manual de consulta, de un texto de «apoyo», aun-

que vaya dirigido especialmente —según se pone de relieve en el *Prólogo*—, «a aquellos que quieran introducirse en el universo tan vasto y diverso de la novela» (20). Tal vez precisamente por el objeto que se propone —diríamos— se precisan citas minuciosamente exactas.

La segunda parte, dedicada a la «Novela en los años sesenta», resulta más homogénea que la primera, al menos cuando presenta, en un panorama eficazmente estructurado, las tendencias literarias más representativas de la época en sus perspectivas «metafísica», «fantástica» y «experimental». A. G. enfoca pormenorizadamente la producción de algunos de los mayores representantes de dichas tendencias (C. Rojas, A. Cunqueiro, G. Sánchez Espeso), analiza la manera en que evolucionan sus temas y formas narrativas en relación al tiempo y a los problemas que más les acucian y consigue trazar, con definiciones seguras y certeras, el perfil de su experiencia interior fijando al mismo tiempo con rigor los aspectos técnico-expresivos que mejor los caracterizan. Pero cuando la autora examina, por separado, la producción de J. Fernández Santos, la de I. Aldecoa o «El buen hacer de un escritor tradicional: Ramón Solís» (autores a los que van dedicados sendos capítulos, alternantes con unas cuantas páginas reservadas a los «Premios literarios» y a la «Novela de ciencia-ficción») vuelve a surgir en quien lee la sensación de que el estudio no sigue un plano orgánico y prefiere presentar a ciertos autores en unidades aisladas, sin conceder demasiada importancia a una línea generadora o conformadora. Los análisis, eso sí, son siempre agudos, perspicaces, además de exhaustivos, y en algunos casos no desmienten su origen monográfico (según informa la profesora de la Universidad Complutense en el *Prólogo*).

Una presentación como ésta —en nuestra opinión— resta cierto grado de sistematicidad que desearíamos encontrar en un libro que es, en realidad, una historia de la novela española de nuestros días. Significativo nos parece, en cambio, el adecuado relieve reservado a la promoción femenina de los años 50-70. Entre las autoras se hacen descollar no solo nombres consagrados como los de C. Laforet, A. M. Matute o M. Salisachs, sino también el de Carmen Kurtz, novelista casi nunca tomada en consideración por la crítica o desprestigiada inmerecidamente por considerarse imperfecta su producción desde el punto de vista «estético» (Cfr. A. Iglesias Laguna, *Treinta años de novela española*, t. I, Madrid, Prensa española, 1970, 241-246 y

J. Domingo, *La novela española del siglo XX*, t. II, Barcelona, Labor, 1973, 137). A. G. no enjuicia el estilo de Kurtz, sino que prefiere más bien poner a la novelista en su justo sitio entre las autoras del período, subrayando la interesante temática de sus novelas basada en una áspera crítica anti-burguesa y en un agudo conocimiento del mundo preadolescente femenino.

El «balance de la década de los 60» y las perspectivas de la siguiente se presentan —al cerrarse la segunda parte— en un capítulo farragoso, lleno de nombres de autores y títulos cuya presencia no aclara ni ordena —lo afirmamos una vez más— las tendencias que caracterizarían la narrativa española de los últimos veinte años. Y la autora no parece siquiera estimar debidamente la trascendental importancia de una novela como *Tiempo de silencio*, que se limita a mencionar solamente a principios del apartado, valorando la obra con juicios ajenos, y casi dejando a otros estudiosos de la novela la responsabilidad de considerarla un hito imprescindible en el desarrollo del género.

La tercera y última parte abarca, por fin, el período más amplio de la creación novelística de hoy. Cubriendo los últimos veinte años de producción (70-90), la presentación se expone en diecinueve capítulos donde prima la preocupación de que todos los autores estén representados en ellos: desde Torrente Ballester hasta García Hortelano, pasando por Gironella, Marsé, Benet, Grosso, Juan (y Luis) Goytisolo, Guelbenzu, Caballero Bonald, Semprún, E. Mendoza. No se descuidan tampoco dos exiliados de calidad: Aub y Ayala; se discute, con apasionada participación, acerca de la existencia de una «novela andaluza», afirmando, aguda y objetivamente —creemos—, que semejante definición puede aceptarse si por ello no se entiende «un fenómeno aislado y no dialogante con la perspectiva universal y sin fronteras que lleva en sí cualquier obra artística» (223). La actividad novelística llevada a cabo por las mujeres sigue desprendiéndose del análisis de obras de Tusquets, Roig, Quiroga (en su calidad de académica), Portal y Zambrano. La entrañable admiración manifestada, por ejemplo, por la ensayista-filósofa, ganadora del Cervantes de 1988, hechiza y compromete sentimentalmente a quien se acerca a la descripción de sus trabajos, pero surge espontánea una pregunta después de tan admirable examen: ¿Por qué igual dignidad no ha sido reservada para mujeres que nos atreveríamos a definir de «acrisolada» formación novelística como Rodoreda y Chacel?

Por lo que atañe a las «Tendencias literarias de última hora», A. G. confiesa abiertamente la dificultad de distinguir en categorías una producción que carece forzosamente de perspectiva histórica. Debido a ello admite la posibilidad de considerar una novela de tipo «fantástico», una de «intriga y aventura», una de fondo «poemático», otra de «metaficción» y otra de carácter «autobiográfico y testimonial»: Torrente Ballester y J. Ferrero, J. Eslava y J. Marías, A. Colinas, L. Goytisolo, su hermano Juan, R. Alberti, C. Barral, J. M. Castellet y J. A. Sedano figuran, entre otros, como los representantes más destacados de cada tendencia; se aprecia un gran esfuerzo por no dejar fuera un solo autor. Hasta llegar a los «Últimos narradores», actualísimos, cuyos nombres y obras resultan tan numerosos que es imposible citarlos a todos en un espacio reducido: será suficiente recordar, sin menoscabo de los demás, a F. de Azúa, J. Llamazares, M. Mayoral, S. Puértolas, A. Pombo, A. Muñoz Molina, M. Sánchez-Ostiz y L. Landero. El repertorio, como puede comprenderse, es tan abundante que el lector se siente abrumado frente a tan apretada sucesión de autores cuya presentación acaba siendo algo deslavazada cuando se reduce a una esquemática caracterización de obras precedida de sucintos datos personales.

A pesar de ellos, el ensayo merece atención y reflexión, sin olvidar que va dirigido a personas no especialistas. En efecto, los textos de muchos autores presentados se enfocan de manera sencilla, pero siempre según direcciones asentadas en la crítica literaria más actual. Englobando juicios y fórmulas sugeridas por métodos de estudio que van de la teoría del texto a la estética de la recepción, A. G. brinda al lector unas técnicas explicativas que ayudan a comprender y, sobre todo, invitan a acercarse a las obras con la conciencia de que éstas sabrán capturar eficazmente su atención ya por su calidad lingüística y expresiva ya por su específica tensión para penetrar en lo profundo de la realidad humana.

Orientarse en el *mare magnum* de un género como la novela española de hoy es tarea ardua, pero gracias a la labor de la autora creemos que el que se sienta atraído por él está en condiciones de escoger y averiguar hasta qué punto los textos resultan dotados de una vitalidad comunicativa que puede sobrepasar las específicas circunstancias histórico-culturales en que han nacido, y en un tiempo en que se debate la mayor o menor oportunidad de estudiar literatura, el tipo de manual presentado por A. G. es de consulta indispensable. Inter-

sante también para usuarios especialistas porque, posee el mérito de aportar «análisis textuales y presentación de textos y autores sobre los que aún no hay mucha noticia» (*Prólogo*, p. 20): y lo hace con el sentimiento entregado del que desea compartir con otros el goce estético experimentado en una lectura emocional profundamente participativa. La comprensible amplitud de la materia tratada ha supuesto un indudable esfuerzo, digno de admiración, y aunque un trabajo de este tipo esté casi fatalmente destinado a no satisfacer ni a tirios ni a troyanos, hay innegable información crítica en él: lo cual —como decíamos— no defraudará a los que tengan predilección por el género.

El lado negativo del texto —y lo destacamos con cierta amargura— es la presencia de numerosas (demasiadas) erratas; casi todos errores de imprenta que parecen achacarse a una revisión apresurada de las pruebas: imperdonable, por otra parte, cuando se refiere a términos específicos equivocados (Cfr. «heterodiegénico», p. 650; «transustanciación», p. 265); a una acentuación incorrecta (Cfr. «Mitín», p. 92; «ateísmo», p. 311); a citas inexactas (Cfr. «Premio Fasterrath», p. 125; «*El Babancho*», p. 437) o a una reiterada confusión entre *b* y *v* (Cfr. «*M. Delives*», p. 65; «*E. Galbarriato*», p. 149). Mayor rigor en cuidar estos detalles hubiera hecho seguramente más amena y provechosa la lectura de todo el ensayo.

Emilietta Panizza
Universidad de Padua

Carlos GARCÍA GUAL, *Lecturas y Fantasías Medievales*, Madrid, Biblioteca Mondadori, 1990, 184 págs.

Es bien conocido el interés que, en unos diez años —por poner una cifra—, se ha despertado entre los lectores de este país por la literatura medieval. No sólo por los «revivals», sino también por los textos originales. Empezamos a entender algo —en carne propia— de la locura de Don Quijote cuando esas historias han empezado a quitarnos el sueño, y los días se nos pasan de turbio en turbio. Buena responsabilidad tienen de esta sana epidemia las colecciones que están editando estos textos: exhiben una auténtica maestría en la seducción del incauto —o no tanto— lector. Este ambiente inesperado habrá alegrado a quienes, con constancia y tenacidad ejemplares, durante